

# SOBRE EL PASADO, EL PRESENTE Y LA POSIBILIDAD DE HACER HISTORIA<sup>1</sup>

Mariano Salomone<sup>2</sup>

## Resumen

La cuestión de la memoria, como asunto teórico y político, ha cobrado gran importancia en la última década en Argentina, donde la preocupación por la memoria aparece invadiendo la mayoría de los ámbitos del espacio público (mediático, educativo, político, académico, etc.). ¿Cómo pensar las relaciones entre el pasado y el presente? ¿Por qué la resistencia al olvido? ¿El recuerdo, impide repetir el pasado? El artículo tiene como centro de interés el problema de la transmisión entre el pasado y el presente; y busca encontrar una respuesta que escape a la disyuntiva que resuelve las tensiones y conflictos entre el pasado y el presente en la *total* continuidad o la *radical* ruptura.

Propongo para ello, a partir de la lectura de “*La fidelidad del olvido*” de Blas de Santos, contribuir a una problematización de las nociones de memoria y olvido; particularmente, desde los aportes que el psicoanálisis hace a su comprensión. Desde esa perspectiva, el autor propone que nuestra relación con el pasado determina diferentes temporalidades que tienen efecto como *historización* (proyección-aprendizaje) o *reminiscencia* (regresión-repetición).

**Palabras clave:** *memoria/olvido – psicoanálisis – transmisión pasado/presente*

## Abstract

In the last decade, the issue of memory, as a theoretical and political matter, has gained great significance in Argentina, where a concern about memory has invaded public space in its many forms (media, education, politics, academics, etc.). This raises several questions: How can we consider the relationship between past and present? Why is there resistance to oblivion? Does memory prevent the repetition of the past? This article focuses on the problem of past-present transmission and seeks to find an answer that breaks out of the disjuncture that resolves the tensions and conflicts between past and present either through *total* continuity or *radical* rupture.

Drawing from a reading of “*The fidelity of forgetting*” by Blas de Santos, I seek to contribute to a problematization of the concepts of memory and forgetfulness, focusing particularly on the contributions made by psychoanalysis to its understanding. From this perspective, the author proposes that our relationship with the past determines different temporalities that have *historicizing* effects (projection-learning) or *reminiscence* effects (regression-repetition).

**Keywords:** *memory/forgetfulness, psychoanalysis, past-present transmission*

<sup>1</sup> Trabajo enviado el 05/08/10 y aceptado el 16/09/10

<sup>2</sup> Doctor en Ciencias Sociales. Becario postdoctoral de CONICET. Unidad “Sociedad, Política y Género”, INCIHUSA, CCT-Mendoza. Correo electrónico: [marianosalomone@hotmail.com](mailto:marianosalomone@hotmail.com)

## Introducción

El objetivo de este artículo es abordar una de los asuntos que adquirió cierta relevancia en la última década en Argentina, la cuestión de la memoria, su vinculación con la política; el problema de la transmisión entre pasado y presente. La presencia de esta “temática” en diferentes ámbitos sociales puede advertirse, principalmente, a partir de los acontecimientos políticos que abrieron las jornadas de protesta del 19 y 20 de diciembre de 2001 -como punto simbólico de inflexión. Posteriormente, durante el año 2006 y con motivo de la conmemoración de los 30 años del último golpe militar, la preocupación por la memoria aparece invadiendo la “agenda” de la opinión pública. En efecto, no sólo se escucharon las voces habituales en torno al tema –los organismos de derechos humanos– sino que parte del *stablishment* político asumió dicha cuestión como una materia decisiva<sup>3</sup>. Su conmemoración halló un amplio eco en los medios masivos de comunicación e incluso, ingresó por ley en el sistema educativo. A su vez, en las últimas décadas, la academia ha acompañado esta “explosión” de la memoria configurando un terreno de investigación específico dentro del amplio campo de las ciencias sociales (Jelin, 2004). Recientemente, durante el 2009 y 2010, la reapertura de los juicios a los represores de la última dictadura militar mantuvo a “la memoria” como asunto vigente en el debate político dentro del espacio público.

Dos vivencias personales, a modo de disparadores, fueron las que movilizaron este trabajo. Ambas tienen como telón de fondo la pregunta por los vínculos entre pasado y presente. Sin embargo, en cada una de ellas, sus interrogantes aparecen formulados desde diferentes perspectivas, el mundo de las prácticas sociales (los proyectos de transformación social) y el de la teoría (la crítica de las condiciones de existencia). La primera de ellas, perteneciente al espacio “militante”, fue mi participación en un ciclo de cine-debate en cual se proyectó el documental titulado *Errepe* de Gabriel Corvi y Gustavo de Jesús. Ese día, participó en el panel quien sucediera a Santucho (luego de su muerte) como Secretario General del PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) Luis Mattini. El documental buscaba ser una de esas ocasiones en las que, al facilitar el encuentro de dos generaciones, fuera posible transmitir la experiencia que posee la generación mayor, a su sucesora. Del “debate” desarrollado aquella noche, quisiera destacar la presencia de dos posiciones (una en respuesta a la otra) que, por su ocurrencia reiterada, valieron mi atención: ante los interrogantes sin término de los más jóvenes, algo fascinados por los detalles y los testimonios que acababa de revelar el documental, ansiosos por conocer más sobre “los setentas”, la lucha armada, la vida de algunos de sus personajes, los orígenes y divisiones del PRT-ERP; Mattini, luego de responder a las interpelaciones, reprochó a las generaciones nuevas la dificultad que tienen para “hacer la suya”. A diferencia de los más viejos, para quienes cuando eran jóvenes el pasado no significó una preocupación; la más

---

<sup>3</sup> Por ejemplo, el 24 de marzo de 2006 (aniversario del último golpe militar en Argentina), el *Partido Demócrata* mendocino -conocido por su apoyo y participación en reiterados golpes de estado-, publicó en algunos diarios locales una solicitada bajo el título “Una autocrítica necesaria” (Ciudadano, 24/03/06: p. 9). Sin duda, el título debería leerse como un “lapsus” que permite una segunda lectura, “autocrítica obligada”, es decir, no elegida. Por otra parte, es algo que estuvo presente en el gobierno de Néstor Kirchner quien, desde su asunción, hizo de “la memoria” de “los setenta” una cuestión de Estado, lo que le ha permitido plantear discursivamente una abrupta frontera temporal (giro fundacional) en torno a su gestión, al contraponer un pasado demonizado (“la vieja argentina” menemista) a un futuro promisorio de bienestar (aquella comunidad sanadora que él ha venido a implantar) (Slipak, 2005).

joven, resulta ser una generación que por estar demasiado desvelada arreglando cuentas con el pasado (auténtica pre-ocupación) se ve imposibilitada de entregarse a la búsqueda de sí misma, a la *generación* de un proyecto de transformación social propio. Lejos de proporcionar una respuesta al problema (lo cual exigiría previa explicación), la intervención de Mattini, puso de manifiesto los dilemas que implica el ajuste de cuentas entre el pasado y el presente y el saldo que deja en la transmisión de la experiencia (sus continuidades y rupturas).

Tiempo después, tuve la posibilidad de leer "*La fidelidad del olvido*" de Blas de Santos (2006). A partir de su lectura pude continuar problematizando, desde los aportes que el psicoanálisis hace a la comprensión de los procesos de rememoración, las nociones de memoria y olvido (la *ambivalencia* del recuerdo) y las controversias que presentan los procesos de transmisión pasado-presente. Específicamente, la perspectiva asumida en es libro, pienso, permite a su autor cuestionar los dilemas que estamos acostumbrados a escuchar cuando interrogamos la relación pasado/presente; polémicas reconocibles también en aquella anécdota relatada más arriba: de un lado, aquellos que ven en el "recuerdo" del pasado la posibilidad de establecer una continuidad con el presente, considerando que la memoria debe estar al servicio de esa búsqueda arqueológica que, en la idealización de la experiencia pasada, interpreta toda experiencia política como rasgos de su preservación en el presente; del otro, quienes decepcionados por el incumplimiento de las promesas del pasado o ignorantes de ellas por no haberlas vivido, interpretan la imposibilidad de retornar a su gloria como la necesidad de comenzar todo de cero.

Hace unos años, ambas posiciones encontraron su eco en las lecturas en torno a los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001. Como advierte De Santos, dos actitudes enfrentadas se disputaron su caracterización en aquel momento: una, veía en el fracaso del gobierno la marcha inexorable hacia el socialismo; la otra percibía lo sucedido como algo inédito que confirmaba la profecía que venía presagiando: "el debut de la forma multitud actuando el acontecimiento sin libreto". Sobre esta suerte de encrucijada entre la total continuidad, o la radical ruptura, el autor señala una raíz común: "confiar sus certezas a una realidad reducida a visiones parciales de ella: evidentes, pero equívocas si se las toma como razón de la verdad del conjunto" (De Santos, 2006: 274).

Para Zizek (2002), la *ideología* en tanto matriz generativa que regula la relación entre lo visible y lo no visible, pone en funcionamiento la dialéctica entre lo viejo y lo nuevo. Podríamos decir, entonces, que el funcionamiento de la matriz ideológica, necesita de la *fidelidad del olvido* para presentar la oposición entre "total continuidad" y "radical ruptura" de manera maniquea: o la una, o la otra. Volviendo al "19 y 20", Santos, afirma que las conclusiones apresuradas a las que arriba cada una de estas visiones, no les permite más que incidencias efímeras sobre una realidad que persiste en ignorarlas. El inconveniente, no es tanto haber incurrido en el error de llegar a esas conclusiones, sino en negarse a revisar las propias afirmaciones y a carearlas con la realidad, ya que esto les plantearía "[...] el problema de explicar cómo el "caos" y la "negatividad" –la lucha callejera y el descrédito de lo establecido- [...] fueron el terreno fértil para la recomposición de la estabilidad social sobre la eterna base de mayor concentración de capital y extracción de plusvalía -devaluación y el disciplinamiento de la fuerza de trabajo a menores salarios y mayor duración de la jornada" (De Santos, 2006: 264).

Entonces, ¿cómo pensar las relaciones entre el pasado y el presente? ¿Cómo interpretar aquel mandato que reclama “recordar para no repetir” sin caer en la tentación de intentar repetir aquello que es recordado: artificio de una memoria que, bajo las condiciones que impone la nostalgia por lo perdido, cuela en la deuda con el pasado la imposibilidad de su resignificación en el contexto que la realidad actual requiere? ¿Qué condiciones subjetivas e históricas son las que inducen, a una generación, a quedar fijada al pasado obstaculizando la continuidad que le permitiría constituirse como nuevo sujeto generacional, aquel que reelabora su historia en el preciso momento que construye su futuro? En este artículo propongo, a partir de la lectura de *La fidelidad del olvido*, encontrar algunas pautas para responder a estos interrogantes, a la vez que intentar prevenir las dos respuestas igualmente simétricas y equívocas que resuelven las tensiones y conflictos entre el pasado y el presente en la *total* continuidad o la *radical* ruptura. Como veremos, esto impone un esfuerzo por rechazar la complacencia de una memoria que recuerda al amparo del olvido y apostar (psicoanálisis mediante) al rodeo molesto de la historización del recuerdo.

### Psicoanálisis: opción por la crítica

En la relación entre pasado y presente, de la cual la transmisión resulta uno de sus testigos posibles, se instituye la tradición. Para quienes nos identificamos con la tradición del marxismo, la noción de *crítica* ocupa un lugar central en la herencia de sus (polémicos) bienes. Blas de Santos, nos recuerda uno de los sentidos que dio Marx al concepto de revolución social: “la crítica despiadada de todo lo existente” y de los medios de los que se vale para reproducirse. Un proceso que, obligadamente, incluye a quien emprende (militantes) el arduo trabajo de su demolición. En efecto, este concepto puede ser considerado la vara con la cual medir la radicalidad o reformismo de una política socialista: la consecuencia o inconsecuencia de los sujetos en su disposición a ser parte del orden cuestionado. En el sentido que Marx daba a la crítica ésta era el modo de saber ‘hacia dónde vamos’, una interrogación que no iba dirigida al enemigo para aniquilarlo, sino a los propios camaradas para orientarse: “La crítica no era, de ese modo, más que el instrumento para llevar al límite las racionalizaciones ideológicas que en un sujeto hacían obstáculo para que su conciencia llegara al conocimiento objetivo –de clase-, de las determinaciones que su existencia padecía” (De Santos, 2006: 106). Por ello, no podemos confundir la “crítica” con la mera sustitución de un dogma equivocado por otro correcto (el propio), sino que ella pasa a constituirse en un principio ético que no se subordina a la inercia de los prejuicios del sentido común (ni siquiera de los propios). De esta manera, algo que para algunos oídos podría sonar paradójico, el marxismo sensible a una perspectiva dialéctica hace de la posibilidad de *autocrítica* uno de los fundamentos de su tradición, de su continuidad y recreación.

En el caso de Blas de Santos la memoria selectiva que reconstruye la tradición marxista se amalgama a otra, la del *psicoanálisis*. Éste le permite reconocer un momento de riesgo, aquel en el que la necesidad de autocrítica se torna el pretexto que suspende esa dialéctica y traiciona todo sentido crítico: “[la autocrítica] término infeliz no solo porque evoca humillaciones y sometimientos de los libertarios a las razones de Estado de las direcciones partidarias [...] sino por el paradójico contrasentido que contiene. La autonomía del sujeto militante intelectual se suspende, precisamente cuando debe pensarse” (De Santos, 2006: 34).

A través del psicoanálisis De Santos advierte los mecanismos por los cuales, la implicancia del sujeto en una tradición, suele traducirse en exigencias de conservación de la identidad, dejando a la realidad fuera de toda duda o revisión: en tales circunstancias el sujeto es enfrentado a una opción imposible, ganar identidad perdiendo racionalidad y objetividad. “Cuando lo que está en juego es la fidelidad a la memoria, o sea, con el pasado, asistimos a una torsión de los términos en juego. Por ella hay un olvido consagrado a la conservación de lo que resiste a lo que el olvido tramita fiel a la memoria” (De Santos, 2006: 23). Uno de los aportes que el psicoanálisis hace a la problemática de la memoria, consiste en el reconocimiento de la fidelidad que el olvido le debe cuando el sujeto que recuerda se resiste a renunciar a su “omnipotencia narcisista”. El sujeto prefiere, antes que dudar de sus certezas, sacrificar los datos de la realidad que lo contradicen. El problema, si de transformación social se trata, es que como resultado pierde todo contacto con la realidad, sostén de cualquier tipo de convocatoria al semejante (intercambio, diálogo, organización) y así se despiden también de toda posibilidad de intervención en la realidad social.

El psicoanálisis comparte con el marxismo la opción por la crítica; una crítica que no se confunde con la denuncia del sistema, sino que permite pensar de un modo alternativo a los sujetos y a la sociedad: comenzando por el reconocimiento de “las consecuencias que acarrea la realidad del inconsciente en tanto a la inexistencia de un sujeto único y de una conciencia homogénea, del espesor de significados, además del económico, que tiene la noción del fetichismo y del valor” (De Santos, 2006: 33). Paul-Laurent Assoun, ha señalado que el aporte que ha hecho el psicoanálisis a las ciencias sociales no se limita a “sumar” conocimiento al acervo de lo ya sabido, sino que afecta la autoconciencia misma de ese saber produciendo un cambio en el concepto que teníamos de los seres humanos. Por ello, su “aplicación” en las ciencias sociales constituye una extensión *necesaria*: “Se trata más bien de comprender que, si no tenemos en cuenta la noción del inconsciente, es la realidad misma del vínculo social la que queda mutilada en su inteligibilidad” (Assoun, 2003: 18). Dicha mutilación, como toda *destotalización*, supone *deshistorización* y *parcialización* de la realidad. Así, eliminada la historia, ya no se piensa lo existente en términos de potencialidades por desarrollar sino como veredictos inmutables sobre situaciones detenidas y fijas, propias de lo ya dado. Como corolario, se suma la *despolitización*, entendiendo por política “esa vocación de conocimiento de las circunstancias que definen el sentido en el que un sujeto se reconoce como tal en las respuestas que asuma darles” (De Santos, 2006: 252). Comprendido el vínculo que liga el psicoanálisis al conocimiento de lo social y la política, es preciso profundizar en la cuestión del sujeto.

### Sujeto y temporalidad

Llegamos así, a un punto central en la problemática de la memoria: ¿quién es el sujeto que recuerda, cuál es su temporalidad? Nuevamente, se pone en juego el saber que el psicoanálisis tiene para aportar.

El psicoanálisis se ubica entre la herencia racionalista, que ve en el sujeto de la razón la posibilidad de disputar de manera definitiva la omnipotencia de los dioses; y el nihilismo posmoderno (igualmente omnipotente) que ve en el despotismo de la Razón, el descubrimiento (tardío) del inconsciente y la autonomía del lenguaje, la imposibilidad de constituir cualquier sujeto.

Para De Santos, el lenguaje –lo simbólico-cultural- constituye al sujeto, su *dimensión deseante e inconsciente* como patrimonio de toda subjetividad. El psicoanálisis, afirmando el carácter deseante del sujeto, lo divide, lo descentra, pero no demuele. Más bien, en el reconocimiento de esa razón (la que alienta sus deseos) está la posibilidad de asumirse responsable de su mantenimiento y consecuencias.

Ante la pregunta acerca de cómo dispone un sujeto del pasado para ubicarse en el presente y proyectarse al futuro, De Santos, señala que el ingreso al registro de la *temporalidad* responde a la instauración de la subjetividad en el orden simbólico. Su instalación en el orden de la cultura, aparta al individuo humano del continuo indefinido de lo real. La consecuencia de este desarraigo, continúa el autor, es que su naturaleza de pertenencia queda abolida y se transpone a otra legalidad: la jurisdicción del *deseo* que, a diferencia de aquel, implica la postergación de la satisfacción (la prohibición del goce) y el reconocimiento del otro/a para significar una evidencia corporal que se le ha escapado (De Santos, 2006: 196). Así, en esta concepción de la subjetividad, decir que lo humano es *por* y *en* el lenguaje equivale a decir que su relación con el tiempo es la de “un pasado irrevocable de imposible retorno”; y nuestra condición existencial la del deseo: correlato de una temporalidad abierta entre las satisfacciones gloriosas del pasado (pero anacrónicas) y las alcanzables (pero insuficientes) satisfacciones posibles. La recompensa por aquella irremediable pérdida, es que la subjetividad enfrenta esta modalidad de su existencia con los medios acordes a su nueva ‘naturaleza’: “arrancado de lo real, al hombre le quedó el consuelo y la potencia de su fantasía” (De Santos, 2006: 210). Instalado en el lenguaje, el sujeto sabrá de la vida (coalescencia con lo real) únicamente a través de su traducción en las significantes equivalencias que la simbolizan y que podrán retornar solo como deseo; sus relaciones con los otros y con las cosas no tendrán otra consistencia que la de su capacidad para significarlas. Dice De Santos: “es el precio que lo real corporal paga a la posibilidad de tomar conciencia de lo intraducible de los jadeos, las flatulencias, los suspiros y otras noticias de su turbia naturaleza. No es alto, si consideramos la riqueza de dar sentido y hacer comunicable, para sí y para los otros, esos datos informes de la fisiología” (De Santos, 2006: 144).

De esa manera, el sujeto no volverá a disfrutar de la saturación del sentido (completud) si no a costa de la potencialidad de su deseo y de la autonomía de una subjetividad que necesita de lo anhelado para la imaginación de lo posible. Por su parte, la tentativa opuesta a la saturación del sentido, la “orfandad” del mismo, corre igual suerte: “lejos de garantizar tránsitos inéditos asegura impasses y vueltas en redondo”. En efecto, De Santos señala como marca de la ilusión de *omnipotencia*, tanto a la modernidad ambiciosa, que pretendía alcanzar un conocimiento total como a su contracara, la reacción especular de algunas corrientes contemporáneas, que plantean la imposibilidad de toda incidencia de la subjetividad en la gestión de sus sentidos: *la sutura del sin/sentido* (De Santos, 2006: 153-174). Tan omnipotente es pretender saber todo como saber de antemano, sin intentarlo y siguiendo su impulso hasta padecer su imposibilidad, que ese saber no colmará el todo. En definitiva, la temporalidad del sujeto, lleva a la subjetividad a la encrucijada de tener que sostenerse a través de una “dialéctica significante” (sensible a la crítica y a la

sustitución de unos sentidos por otros) o una comunicación que seduzca por su ausencia de distancia con lo representado<sup>4</sup>.

Ahora bien, es necesario remitir esa potencialidad que le fue dada al sujeto, capacidad de producir sentidos, a una lógica que opera en los sujetos bajo dos condiciones: una *estructural* y otra *histórica*. La primera, disponible para cualquier hablante, hace a la inscripción en el orden simbólico y equivale a la pérdida de la plenitud “natural” que supone el quite exigido por el pasaje y permanencia en la cultura. La segunda, histórico-social, equipara el disfrute de las propiedades del lenguaje con el de los demás medios de producción, lo que supone considerar la clase social a la que pertenece y en la que los ha adquirido. El ingreso de cada sujeto a aquella capacidad *universal* se efectúa únicamente a través de la *particular* coordinada histórica (inserción productivo-cultural) que impone condiciones reales y desiguales a su realización y desarrollo: las clases subalternas, teniendo por regla un estado de emergencia, deben privilegiar la acción inmediata por sobre la de la simbolización (lenguaje, pensamiento, reflexión), lo cual inhibe su capacidad de desarrollo.

Recapitulemos: la temporalidad propia del ser humano tiene consecuencias para pensar las maneras en las que éste dispone de su pasado. Si la relación del sujeto con el tiempo es la de un pasado de imposible retorno, la subjetividad coloca a la memoria en la encrucijada de servir para retener aquel pasado (intentando demorar su término); o, superando la nostalgia, ser recurso para la actualización de sus deseos: alternativa que se abre en la recuperación del pasado a través de los retoños simbólicos que el uso de la palabra y el diálogo con su semejante proveen al sujeto. Esta perspectiva es la que permite a Blas de Santos proponer un análisis de la memoria que, en lugar de hundirse en la repetición de lo ya-conocido, procura aventurar un aporte a la imaginación de una política emancipatoria.

### Entre la reminiscencia y la memoria: el trabajo del olvido en la elaboración del recuerdo

Aventurarnos a imaginar que podemos ser algo distinto de lo que somos (o fuimos) conlleva el riesgo del éxito y del fracaso en el intento de llevarlo a cabo; una apuesta que no toda subjetividad está en condiciones de realizar cuando en su actuación prefiere, ante la incertidumbre, resignar la búsqueda de todo lo *por-conocer* a las seguridades que proporciona lo *ya-conocido*. Esta tensión entre lo que “ya fue” y lo “aún no sido”, entre el pasado y el futuro, se endurece en este presente que inaugura el siglo. Para Blas de Santos, la subjetividad de nuestra época conserva la memoria de las promesas que la modernidad incumplió, impulsándola a un doble movimiento: por un lado, renovar la esperanza en la posibilidad de saldar la distancia entre lo anhelado y lo cumplido; por el otro, intentar ocultar esa brecha con la nostalgia de los tiempos mejores. Aprendizaje y nostalgia se ponen en juego en la manera de relacionarnos con el pasado. Éste, como recurso en el tratamiento de la realidad, determina distintas *temporalidades* que tienen efecto o bien como *historización* (proyección-aprendizaje) o bien como *reminiscencia* (regresión-repetición).

¿Cuáles son los determinantes que resultan claves en la relación entre pasado y presente, aquellos que pueden hacer de la memoria una regresión a lo que “ya fue” o, por el contrario, una proyección hacia el “por-venir”? Un referente esencial de toda

---

<sup>4</sup> Para Blas de Santos, la regla esencial del fundamentalismo es que todos los *signos* son construidos por fuera del trámite cooperativo que implica el diálogo con el semejante.

subjetividad es la *identidad*, es decir, la remisión de la diversidad de experiencias a una mismidad cuyo continuado reconocimiento le otorga unidad y continencia. En ese mecanismo, interviene la memoria, estableciendo el índice y margen de diferencia admisible frente a las nuevas experiencias (De Santos, 2006: 62). De esa manera, según el autor, para entender los arreglos que el pasado tiene con la memoria, hay que aceptar el carácter “encubridor” de cualquier recuerdo: recordar es siempre una reconstrucción de lo vivido –una interpretación-, que se hace conforme a los límites que la subjetividad pone a la revisión de sentidos con los que ha tramado su identidad (De Santos, 2006: 82). Desde esta perspectiva, la historia de la subjetividad se entiende como el *trabajo* que realiza la memoria oponiendo la potencia del devenir a la inercia de lo ya vivido: aquí hacer historia es hacer futuro.

Ahora bien, apoyado en el psicoanálisis, De Santos advierte la dificultad que tiene una subjetividad histórica (concreta) para sustraerse de la pendiente que la lleva a la regresión: la nostalgia de la omnipotencia que alguna vez asistió al sujeto y de la cual aún conserva su recuerdo. Nostalgia por un origen que permanece rodeado por los prestigios de lo mágico, lo (aparentemente) creado de la nada. Así, las fuerzas que la subjetividad debería remitir solo a la experiencia conservan la marca del recurso mítico a esa omnipotencia que rescató al sujeto de la inermidad originaria que padecía. El problema se presenta, cuando la realidad, imponiendo nuevos sentidos, cuestiona la identidad de las subjetividades existentes. En esta situación, la memoria puede ser recurso para la regresión al pasado (apelando al recuerdo de aquella omnipotencia) o la proyección del futuro. Para este último caso, la subjetividad precisa disolver significaciones caducas o resignificarlas en las nuevas circunstancias.

Desde esta perspectiva pueden criticarse dos concepciones, opuestas pero simétricas, respecto de la problemática de la memoria: aquella que apunta a una reconstrucción fidelísima del pasado y su opuesta, la que procura su ocultamiento y falsificación. Ambas, comparten los mismos prejuicios sobre los fundamentos de la identidad e ignoran que la influencia que ésta recibe de la memoria, proviene no de lo acontecido, sino de los productos de su elaboración.

El recorrido teórico del autor, apunta a establecer que la reconstrucción de la historia supone un trabajo de duelo sobre el pasado. La fórmula hoy omnipresente, “recordar el pasado para no repetirlo”, oculta precisamente ese requisito de elaboración que el *olvido* procesa. Por ello la verdadera oposición no es entre historia y olvido, sino entre *memoria* (siempre reinterpretación-recreación-falta a la Verdad de lo vivido), y su obstáculo, la fijación intocable en la *reminiscencia*. Entre ambas, encontramos la mediación del olvido en el procesamiento del recuerdo: olvido significa entonces reconocimiento y decisión sobre lo vivido, es decir, recuerdo-responsabilidad sobre la razón deseante que daba sentido a las situaciones pasadas (De Santos, 2006: 70). La elaboración supone trabajo, transformación de lo recordado. Recordar entonces es reconocer el pasado y en su desciframiento crear nuevas significaciones para el presente pues, el recuerdo no está destinado a cubrir los huecos que pudo dejar una época, sino a interrogar al sujeto sobre los rellenos que ocultan los de su actualidad. Para Blas de Santos, “aferrarse a la identidad intransferible de lo viejo –no por caducidad de los principios ni por la indiferencia al sacrificio de quienes cayeron en su defensa- es condenarlo al peor de los olvidos: el que hace intransmisible un mensaje que al no poder recrearse en nuevas experiencias queda sepultado en el pasado que se pretende revivir” (De Santos, 2006: 210).

### Temporalidad, experiencia y transmisión: a propósito de la noción de trauma en el psicoanálisis

Llegamos a la cuestión central que plantean las preguntas formuladas en la introducción: el problema de la transmisión entre pasado y presente en la realización de un proyecto político de transformación.

Desde el sentido común progresista está aceptado que la última dictadura militar del '76 se instaló con un objetivo claro: provocar, mediante el terror, la interrupción de la experiencia de organización popular y movilización de masas que caracterizó las décadas del 60 y 70; condición, para la restauración de un proyecto político-económico acorde a los intereses de los sectores dominantes.

El aporte de Blas de Santos pasa por realizar una crítica del discurso de izquierda que pone de manifiesto los conceptos implicados y las subjetividades que sostiene a fin de lograr un análisis que no opere exteriorizando las causas de los efectos que el sujeto padece. Se trata de un esfuerzo por advertir las maneras en las que el sujeto ve comprometidos sus deseos en las relaciones de dominación.

Desde el punto de vista del autor la crisis (discontinuidad) del proyecto socialista, puede ser leída a partir de la noción de *trauma* utilizada por Freud. Un sujeto atraviesa una experiencia traumática cuando los efectos de una situación, por sus características, ha desbordado la capacidad de los recursos psíquicos de su subjetividad aptos para elaborarla. Déficit que responde tanto a la magnitud o calidad del estímulo como a la falencia de recursos preparados para elaborarlo (De Santos, 2006: 215). El resultado es una subjetividad paralizada que, aferrándose a signos solidificados, ve imposibilitada toda dialéctica discursiva que le permita alcanzar equivalentes de sentido con los cuales, ahora acorde a las nuevas circunstancias, dar continuidad a un proyecto político. Cuando la subjetividad es sorprendida y superada por lo real, inhibe su función intelectual, afectiva y práctica encargada de proveerle sentidos adecuados a la nueva realidad. Según el autor, las razones por las cuales una experiencia histórica puede inducir respuestas traumáticas, es porque la subjetividad afectada estaba construida en torno a la coalescencia narcisista entre sus deseos y recursos a favor de los primeros. Aún en el caso extremo de un embate tan desigual y transgresor de toda regla como fue la dictadura militar, es útil pensar en qué medida el vacío de sentido y la parálisis, tenían su raíz en subjetividades comprometidas con las formas del “todo o nada” que caracterizó al redencionismo utópico (De Santos, 2006: 97)<sup>5</sup>.

La incapacidad de una subjetividad para disponer de nuevos sentidos (deshechando algunos o resignificando otros), se manifiesta en la tensión que suele mostrar hacia el pasado: el miedo a olvidar. Un recurso que, tomando como aliada a la memoria, se resiste a aceptar la fractura identitaria con aquel pasado apelando a la repetición de los sentidos alguna vez probados por sus protagonistas para organizar la experiencia de lo real. El problema, es que ahora esos sentidos sacralizados, cumplen la función inversa: evitan el encuentro con la realidad. La dificultad de toda memoria es evitar la historización de lo recordado, es decir, la reconstrucción de las ‘coordenadas histórico-políticas’ que animaron los hechos del pasado y que marcan la distancia respecto del presente. Sin esa *mediación*, la continuidad de sentido se vuelve

---

<sup>5</sup> Véase particularmente, el capítulo titulado “La utopía: ¿una derrota de la ilusión?” (De Santos, 2006: 79-99).

imposible. Es que en la idealización del pasado, las generaciones posteriores se ven privada de la dosis de duda que toda subjetividad necesita como requisito imprescindible para que, teniendo el pasado como referente, reciba la posta de sentido y pueda encontrar los deseos propios (De Santos, 2006: 83). En estas condiciones, las generaciones posteriores quedan sometidas a una “filiación interrumpida”: esto es, ser garantes de una historia de la que deberían ser, tan solo relevo. Tal como afirma el autor, quizás, un reemplazo militante que no llega porque sus destinatarios prefieren la completud del sometimiento a lo que fue, antes que el costo de incertidumbre que genera el trabajo de su actualización.

### Reflexiones finales

La pregunta por la continuidad de un proyecto generacional orientó la perspectiva desde la cual he intentado reseñar el libro *La fidelidad del olvido*. La respuesta, pone en el centro la cuestión la transmisión de la experiencia. Esta preocupación no es gratuita, sino que tiene como interés la posibilidad de pensar los motivos que, desde el punto de vista de su transmisión, ponen al proyecto de izquierda en medio de una crisis. Una crítica de las razones que llevan a hacer de la opción entre la “total continuidad” o la “radical ruptura”, la condición de su actualización. Como vimos, el desafío que permanece, es el cambio de perspectiva que haga, de aquel dilema, una falsa opción: “optar entre la ingravidez de la carencia de ideales y la precipitación regresiva de los ya perimidos” (De Santos, 2006: 84).

El aporte más significativo de Blas de Santos, es proponer un análisis de la izquierda que no exteriorice los motivos que la llevaron a su crisis. Un programa de conocimiento que asume el desafío teórico de articular dos perspectivas analíticas consideradas irreconciliables desde una visión a-dialéctica y a-histórica de la realidad. La preocupación “sociológica”, que busca en la asimetría de la lucha de clases –las diferencias de poder- los límites y presiones a la libertad de los hombres y mujeres que hacen la historia; y la psicoanalítica, orientada a reconocer el compromiso del sujeto -sus deseos inconscientes- en el mantenimiento y reproducción de las relaciones de dominación.

El año en el que hace su aparición el libro, trigésimo aniversario del último golpe militar, la “memoria” ha invadido la mayoría de los ámbitos del espacio público. De allí la urgencia de señalar la paradoja de una memoria que, en su fidelidad al pasado, puede servir para su opuesto: detenido el sujeto ante el pasado como infalible árbitro del presente, no puede producir nuevas perspectivas de sentido para enfrentar las vicisitudes de futuros inéditos. Su texto convoca a que el pasado no sirva para someternos a su repetición, sino por el contrario, que sea la confianza en lo vivido el recurso para la ilusión de lo todavía por hacer. Entonces, la memoria, podrá servir para construir la historia, recordando anhelos del pasado que insisten hoy buscando nuevas vías para su realización.

### Bibliografía

- Assoun, PaulLaurent, (2003), *Freud y las ciencias sociales*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Corvi, Gabriel y De Jesús, Gustavo (2004), *Errepé*, documental audiovisual, duración 120 minutos, Argentina.

- De Santos, Blas (2006), *La fidelidad del olvido. Notas para un psicoanálisis de la subjetividad militante*, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Jelin, Elizabeth (2004), “Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales”, en *Estudios Sociales*, Año XIV, Nº 27, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, pp. 91-113.
- Slipak, Daniela (2005), “Entre límites y fronteras: articulaciones y desplazamientos en el discurso político de la Argentina pos crisis (2002/2004)”, <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2005/partijov/slipak.doc>
- Zizek, Slavoj (comp.) (2002), *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.